TX

La señora Herblay, en tanto que esperaba al comandante Verdier, interrogaba hacía más de media hora á Emilio Ducasse acerca del incidente de la víspera en la fiesta de Chailly, y el joven Pitt, aprovechando la ocasión, manifestaba á la encantadora dama sus ideas políticas y la manera que tenía él de juzgar la táctica que debía emplearse en cuestiones electorales. Ahl Si él hubiera sido elector, cómo hubiera influído el peso de sus discursos en la balanza de la victorial

—¿Es decir—preguntó Enriqueta un tanto intranquila—que el comandante?...

Ducasse inclino ligeramente su blonda cabeza.

—¡Oh! Es un hombre digno... honrado... una excelente persona el comandante; pero el manejo de una pieza de artillería no se parece en nada al de una reunión política... Ese Satanás de Garousse tiene sobre el terreno electoral más táctica que Verdier. -¿Garousse?

-Sí, señora... Garousse.

—Sería una desgracia, una verdadera desgracia, el que Garousse se llevara la herencia de Charvet; pero eso es imposible!

Había dejado algunos segundos de intervalo entre la primera frase y la segunda, y Ducasse sintió que todo su sér se agitaba al oír pronunciar las frases herencia de Charvet, y miró á la gran electora como si hubiera estado delante de una persona muy amada con quien por primera vez tuviera la dicha de encontrarse á solas.

El honorable sucesor del señor Charvet. [El honorable sucesor del señor Charvet! Emilio oía] ya en su fantasía estas palabras, que evidentemente serían pronunciadas en el Palacio Borbón dirigidas á él, y no existía nada en el mundo que le impresionara tanto como esta idea.

El joven hablaba con la señora Herblay sin reparar siquiera en ella, y sin embargo, era una mujer encantadora y digna de atención, tanto por su hermosura como por su vasta inteligencia.

Llevaba aquella mañana un traje de blonda de color crema, y rodeaba su esbelto talle, en cuyas ondulaciones había infinita gracia, un cinturón de plata en forma de serpiente. En sus pequeñas manos revolvía un librito, dándole un millón de vueltas y manejándolo como si fuera un abanico. Ducasse, al mismo tiempo que contemplaba las ma-

nos, que eran lindas, se fijaba en el título del libro, que era algo serio: ¡Darwin!

-Veo que os he interrumpido. ¿Estábais leyendo

á Darwin?

Enriqueta sonrió.

-¡Lo releial-dijo.

Ducasse emitió su opinión acerca de Darwin con frases que llevaba él estudiadas para ciertos casos, y en seguida hizo recaer la conversación en su idolo Pitt. En el gran Pittl

-¡Ah, qué hombre Pitt! ¡Francia no ha tenido

jamás otro hombre como esel

-Ni Francia, ni Inglaterra-rectificó Enriqueta

-han tenido otro.

Emilio era del mismo parecer; pero al menos la Gran Bretaña sabía honrar á sus grandes hombres. El primer Ministerio de Pitt había durado diecisiete años. ¡Diecisiete años! ¡Eso valía la pena de aceptar una cartera! Y cuando Pitt estuvo enfermo, si, cuado estuvo enfermo, al recobrar la salud, se iluminó Londres como si se hubiera tratado de una gran victoria. ¡Eso es lo que se llama respetar la sabidurial ¡Dichoso el pueblo que tiene ese talento!

Y Ducasse se iba exaltando poco á poco.

-La moción de un voto particular para los funerales públicos y para elevar un monumento á Pitt-continuó-tuvo 288 votos contra 89, y la Cámara de los Comunes votó un millón cuarenta mil libras para pagar todas las deudas de Pitt. ¡Qué país, señora, y qué tiempos!

Hablar así al lado de aquella encantadora mujer tan elegante y que fijaba sus hermosos y rasgados ojos en él, escuchándole con atención, le exaltaba, pero no por la seductora sonrisa ni por la contemplación de las nacaradas y pequeñas manos de aquella hermosa criatura. ¡Nada de esol... ¡Por Pitt, por William Pittl ¡Billy! como él le llamaba. Y Ducasse recitaba, comentaba y daba detalles del famoso discurso de Billy sobre la reforma electoral, refiriendo cómo, al hablar de aquel hombre universal, un fabricante de algodón de Mánchester decía después de haberle oído: «¡Se creería que ha pasado su vida entera en una fábrica de hilados!»

-Y pensar-añadió Emilio-que la noticia de la batalla de Austerlitz acabó con él... ¡Esta noticia

fué su verdugo!

Llegó casi á maldecir á Austerlitz, que tenía la culpa, según él, de la destrucción de tan grande hombre. Austerlitz tomaba de repente ante Ducasse la apariencia de una gran desgracia para la humanidad, y costó mucho trabajo á la linda señora consolar al joven, que realmente se había puesto enfermo comentando la pérdida de William Pitt.

-¿Por qué os disgustáis tanto? ¡Pitt no existe ya, y es preciso resignarse! ¿Cómo váis á remediar tan

gran desgracia!

-Yo, señora, no me consolaré nunca de semejan-

199

te pérdida — respondió Ducasse con toda since-ridad.

Entonces Enriqueta, sonriendo, contó con sus preciosos dedos:

—Pitt... nació en 1759... Murió en 1806... Hoy, pah! siento decíroslo, hace mucho tiempo que hubiera desaparecido del mundo sin necesidad de Austerlitz... |Tendría ahora 125 años! |No es lógico esperar que hubiera vivido á los 125 años! |Cómo estaría William Pitt de 125 años!...

Estas reflexiones, aunque acertadas y justas, no convencieron á Ducasse, porque los centurios, si bien son raros, decía, no son seres imaginarios. ¡Vivir al mismo tiempo que Pitt, codear y saludar al gran Pitt, aunque tuviera 125 años, hacía palidecer de emoción al exaltado joven, que encontraba decididamente vacío el mundo sin esta gran figura.

—¡Si no podeis respirar en el vacío formado por la muerte del hijo de lord Chatam—dijo Enriqueta con ternura,—hacedle revivir!...

—¡Ah! señora, mo sabéis la herida que abris en mi corazón con esas frases!

El pobre Emilio parecía ante ella un enamorado á quien la eterna palabra sube á los labios y tiembla y titubea sin osar pronunciarla.

—¡Hay algo que me halaga, que me tortura y que me humillal...

-¿Queréis un vaso de agua?-preguntó Enriqueta en tono irónico. —Gracias. Cuando pienso que á mi edad Pitt... el gran Pitt, había pronunciado ya el famoso discurso de que acabo de hablaros, mientras que yo... yo...

La gran electora sonreía y observaba atentamente á Emilio, deduciendo de sus observaciones que tenía una voz clara y bien timbrada, aspecto de orador y modales severos y parlamentarios.

-¡Oh! Sois muy joven todavía, Sr. Ducasse.

Este mudó de color como si le hubieran insultado. ¡Muy joven!... Hubiera deseado estar ya en la decrepitud, para no ser consolado por aquella horrible juventud de que se le acusaba.

—¡No os desesperéis tanto! ¡Día llegará en que se abran las puertas de las tribunas para daros paso, como á vuestro *idolo!*

-¿Como á él? ¡Oh, señoral ¿Y si ese día no llegase nunca?...

Había tal dolor en las palabras de Emilio y tanta severidad en su mirada que Enriqueta empezó á pensar seriamente en que aquel joven había nacido para el Parlamento y que llegaría á ser algún día una gloria patria.

—¡Si no hubiera entregado la égida en manos de Verdier!... ¡Tal vez Ducasee la desplegara hoy ante el país con más energía y mayor acierto que aqué!!

Estaba admirada de ver el acierto con que juzgaba Emilio todos los acontecimientos políticos. ¡Si Verdier poseyera esta ciencia particular en materia de elecciones!... Rogó á Ducasse que la contara más por extenso todo lo ocurrido en la víspera, á fin de seguirle observando desde el punto de vista de su oratoria.

—¡Ah! si hubiérais estado allí, señora, cuánto mejor hubieran andado las cosas; porque creo que hariais por nuestro candidato lo que la Duquesa de Deyonshire hizo por el suyo.

Enriqueta se echó á reir.

—Ya sé—dijo—que la Duquesa de Devonshire propuso á un carnicero cambiar su voto por un beso. ¿Es eso lo que queríais decir?

-Ciertamente.

—¡Cuidado!... ¡Ya sabéis que fué por Fox, y no por vuestro amigo Pitt, por quien la Duquesa hizo votar! ¡Pero, en fin, fuera por quien quisiera! ¡Tenéis razón; yo haría los imposibles porque nuestro candidato saliera triunfante!

Se levantó viendo aproximarse á Verdier y á su sobrina, que atravesaban el jardín.

- —Aquí están exclamó, y mientras que Ducasse se levantaba, siempre correcto y fino, la señora Herblay. envolviéndole en una mirada, dijo hablando como consigo misma:
 - Es lástima!

-¿Qué? ¿Qué es lástima, señora?

—Nada. Pensaba... en que sois elegible... ¡Bahl ¡Todo llega!...

El joven, comprendiendo por completo su pensamiento, vió abrirse un mundo de esperanzas ante

él. [Elegible hoy, y mañana quizás candidatol... [Candidatol... Sintió impulsos de coger la mano á Enriqueta y estampar en ella un ósculo de agradecimiento.

El almuerzo no se hizo esperar. El comandante no tenía apetito, se le oprimía la garganta y no podía tragar. ¡Volver á presentarse ante sus electores, y antes de esto dar al público y á Mederico Charvet su proclama; ¡No podía acostumbrarse á esta idea, y le disgustaba soberanamente!

No había tiempo que perder, y apenas almorzaron, Enriqueta dictó al comandante el plan que debía seguir durante el día. Desde las doce hasta las dos, paseo á pie, apretones de manos y conversaciones familiares. Distribución de cigarros acá y allá.

-Emilio Ducasse los llevará y se encargará de eso-añadió.

—¡Oh!¡El cigarro! El cigarro es muy importante dijo Emilio.—Conozco á personas que el dar un cigarro á tiempo les ha hecho llegar á ser Ministros.

La cosa más insignificante forma algunas veces los cimientos de una gran fortuna. El señor Laffitte llegó á ser millonario por recoger un alfiler á tiempo. ¡No despreciemos el aviso y cuidemos los cigarros!

Después de las dos, y de conocer á los electores de Dammarie, era preciso visitar la fábrica de dulces secos y en conserva situada en el camino de Melun, y en Melun hacer una visita al Gobernador.

Volverse à Dammarie, comer, y después de la comida leer la profesion de fe ante el comité, que se compondría de Guenaut—opinión exaltada—Cappois—opinión moderada—y Charvet, que sería el juez más bien que el consejero.

Son casi de la misma edad Verdier y Medericopensó Enriqueta mirando á Ducasse involuntaria-

mente.

El comandante obedecería punto por punto esta orden del día; estaba acostumbrado á las consignas, de suerte que reunía, á sus buenas cualidades, la pasiva obediencia del militar. Contaba con que Fournerel, su antiguo soldado, le guiaría á través del distrito, en donde él era muy popular, y le indicaría las puertas á que debía llamar. ¡Llamar á las puertas pidiendo favor! La perspectiva de ese nuevo oficio de solicitador acabó de disgustar al pobre comandante, y los acontecimientos de la víspera se reprodujeron en toda su triste desnudez en su imaginación.

¡De nuevo las mismas discusiones en presencia de los electores, en las calles y en las tabernas, hablando un lenguaje que no comprendíal ¿Qué iba á pasar en esta nueva reunión electoral?

Un criado anunció á la señora Herblay que Fournerel había llegado. Esto sacó del letargo en que se hallaba, distrayéndole de sus cavilaciones, á Verdier.

-¡Me alegro!-dijo Enriqueta.-¡Ahora, coman-

dante, á las armas! ¡Vuestra égida está enhiesta! ¡Buena suerte!...

Y tendiéndole aquella diminuta mano, que había contemplado Ducasse poco antes, le dejó paso.

Emilio, que se había levantado al mismo tiempo que el comandante, preguntó á Gilberta:

-¿No nos acompañáis, señorita?

-Lo haría con gusto, si pudiera.

-La política debe interesaros mucho, ¿no es verdad?

—¿La política? No; pero sí mi tío, que no es hombre apropósito para esas intrigas y que va á pasar hoy otro mal rato.

—Sí, pero cuando haya sido elegido todo quedará compensado... Entonces os enorgulleceréis de ser la sobrina de un hombre que gobierna el país... le aconsejaréis y hasta le dirigiréis.

-¿Yo?

—No sería del todo malo que la mujer tuviera participación en los Gobiernos... John Stuart Mill es de ese parecer...

Gilberta se echó á reir, preguntándole qué harían las mujeres en el Gobierno, dirigiendo la opinión, cuando no saben dirigirse á sí propias.

Y con melancólica sonrisa, como si el recuerdo de tristezas pasadas la asaltara, continuó:

-Eso se queda para la señora Herblay-decía esto risueña y sin malicia alguna,-que es una inteligen-

cia superior... pero no para el común de los mortales. No, no es eso lo que me preocupa.

-¿Y qué es lo que os preocupa, señorita?-preguntó Emilio.

-Todo, y nada.

-Eso es mucho y no es nada como decís.

-¿Lo creéis así?

Enriqueta se acercó instintivamente, curiosa por saber lo que podían decirse aquellos dos jóvenes, y sin darse cuenta de ello preguntó á Gilberta si hablaban de elecciones.

—Casi, casi; pero sí diría de buena gana al señor Ducasse lo que no me he atrevido á decirle, y es que le quedaría muy agradecida si quisiera emplear su talento en favor de mi tío.

—Señorita—dijo Emilio moviendo la cabeza, os complacería con gusto; pero me es imposible. No soy elector.

Miró con ironía á la señora Herblay, y añadió:

—Podría tomar la palabra como elegible... ¡Como elector me está prohibido!

Quedó como ensimismado después de pronunciar estas palabras, armoniosas para él como una sonata de arpa eólica.

La señora Herblay decía por lo bajo á Gilberta:

—¡Tenéis razón en recomendarle á vuestro tíol ¡Buen abogado, vicepresidente de la conferencia Montesquieu y con la costumbre de buscar las palabras! ¡Tiene mucho de Montesquieu: de Montesquieu, que legislaba con tanto talentol...

El comandante, que estaba apercibido para emprender la peregrinación, metía y remetía los guantes en las manos, preguntándose qué sería más conveniente hacer en semejante caso, llevar guantes ó no. Emilio Ducasse le sacó de este apuro.

—Llevar guantes es más aristocrático y no llevarlos más democrático—dijo.—Cortad, pues, por medio, comandante, es decir, quedaos en el término medio. No os pongáis más que uno.

-Es una oportunidad en la que no hubiera caído nunca.

Enriqueta empezaba á encontrar á Ducasse muy ingenioso.

Acompañaron al comandante hasta la puerta de la verja, en donde Fournerel, alto y seco como un poste, esperaba al comandante como si estuviera á la puerta del cuartel.

—Salud, mi comandante — dijo llevándose la mano á la frente y sosteniendo con la otra el sombrero de fieltro.—¡Tendremos jaleo, mi comandante! ¡Garousse está en Dammarie!

-¿Estáis seguro?...

—Le encontraremos siempre, hasta el fin de la jornada, en nuestro camino.

Ya estaban á algunos metros de distancia del castillo, y Verdier volvía aún la cabeza á cada paso para despedirse de su sobrina, como si le costara un gran trabajo alejarse de ella. Ducasse encontraba muy sentimental al comandante. ¡Tanta emoción por una aventura tan insignificante! ¡Se despedía como si fuera á dar la vuelta al mundo dentro de un globo!...

Llegaron por fin á Melun, y varios electores se les acercaron con objeto de hablar y conocer al candidato. «Al candidato de la señora de Herblay»—decían ellos. Al atravesar la plaza, un caballero de barba canosa, que salía de una casa próxima á la iglesia, se paró mirando atentamente al comandante. Uno de los que le acompañaban le dijo, señalando á Verdier:

-Ese es el candidato republicano.

Cuando Verdier estuvo á dos pasos del caballero, éste le saludó como pudiera haberlo hecho un oficial de Fontenay y le dijo:

—Celebro el favor de la fortuna que me depara la ocasión de manifestaros lo mucho que os estimo antes de combatiros con todas mis fuerzas.

Verdier, aunque sorprendido, se quitó el sombrero y miró fijamente al que le hablaba. Tenía idea de haberlo visto otra vez, y encontraba en él cierta semejanza con Enrique IV, aunque la mirada de éste era más melancólica y se notaba más tristeza en su semblante.

—¿A quién tengo el honor de saludar, caballero?
 — Habéis sido el capitán de mi hijo. Soy el Marqués de Montbrun.

El comandante le reconoció, experimentando grande alegría en volver á encontrar al padre del simpático joven á quien había visto conducirse con tanto valor en el Loire, y olvidándose de que era su adversario político—y lo era, aunque el Marqués no había aceptado la presentación de su candidatura—conversó con él largo rato.

—A Emilio Ducasse le parecía que Verdier cometía una falta de táctica, y los electores se miraban unos á otros sorprendidos. ¡Ponerse á hablar en medio de la calle el candidato de la señora Herblay con el Marqués de Montbrun! ¡Si al menos hubiera estado el Marqués solo!... Pero iba acompañado del antiguo secretario del Imperio, Potermet, y esto variaba. El comandante no sabía indudablemente quién era aquel hombre; pero los electores sabían muy bien que había sido el sostenedor de todas las candidaturas oficiales en otro tiempo, y que no había perdonado bajeza alguna para conseguir ser condecorado.

Ducasse veía en el disgusto que esto causaba á los habitantes de Dammarie, y Fournerel, más impaciente que nadie, murmuraba entre dientes: «El comandante comete una tontería. Se deben ahogar las afecciones. Antes que ellas está el deber. ¡Mostrarse con Potermet ante todo el mundo!»

Por otra parte, Potermet miraba con desconfianza al comandante, en tanto que éste hablaba tranquilamente al Marqués de su hijo Roberto, atestiguándole